

"DULCINEA"

(Tragicomedia en dos partes y ocho cuadros)

Original de GASTON BATY

Traducido especialmente para "Teatro"

por Agustín Siré y Emilio Martínez.

EL AUTOR.—

Surge Gaston Baty, con creciente relieve, en la agitada etapa de renovación que sacudió el espíritu francés, al término de la Guerra Europea de 1914. Activamente incorporado a las vigorosas corrientes que constituyen el signo actual de la creación dramática, Baty se señala, desde 1918, junto a Dullin, Pitoef y Jouvet, en la vanguardia teatral de Francia, movilizada por Copeau.

La actividad de Baty nos lo presenta bajo el triple aspecto de director, realizador técnico y autor dramático, siendo acaso más familiar para nosotros la primera de esas formas de su personalidad. Por eso, sólo recordaremos que se deben a él realizaciones tan significativas, para el teatro francés contemporáneo, como el "Studio des Champs Elysés", la sala "Montparnasse" y la "Baraque des Compagnons de la Chimère", concreciones todas ellas del febril impulso remozador que viviera la escena francesa de hace medio siglo. Digamos también que en la fe y en el dinamismo constructor de Baty, templaron sus primeras tentativas noveles dramaturgos —hoy connotados— como Denys Amiel, Jean Jacques Bernard, Lucien Besnard, Gantillon (de quien Baty dió a conocer la memorable "Maya") y el expresionista Jean Victor Pellerin, autor de "Intimité", estrenada también por Baty, en tiempos adversos para obras de ese estilo.

Escenógrafo o "metteur en scène", Baty se ha singularizado por sus esfuerzos en pro de una máxima renovación del montaje. Como director de avanzada, no olvidemos su tenaz lucha contra el comercialismo teatral y su valiosa contribución consiguiente al arte desinteresado.

Suyas son, en otros aspectos, algunas interesantes doctrinas de la dramaturgia contemporánea, doctrinas que han significado difíciles progresiones en la pugna por el avance de la conciencia dramática en nuestro siglo. Data de 1928 el manifiesto en que Baty sostiene que la ilusión en las tablas debe ser "como una evasión de la realidad" (idea que no le impide abordar el desafiante realismo de "Maya") y aboga por la fusión de todas las artes sobre el proscenio: escultura, música, pintura, canto, literatura.

Más en particular, ha definido su voluntad de reaccionar contra lo que él ha llamado "le bavargade du théâtre contemporain", substituyéndolo por el principio de "l'inexprimé", tan bien alcanzado por el talento de Maetec-linek, Bernard, Amiel, Pellerin y otros "intimistas". Porque no todo está, para Baty, en el texto ni en las palabras del intérprete. También la mirada

la frase inconclusa, el silencio repentino reflejan la psiquis del personaje. "Más allá de las palabras —ha dicho— el pensamiento completa su expresión por el gesto, el color y el sonido". Partidarios o no de estas ideas, debemos reconocer que ellas han ejercido considerable influencia sobre el drama y la comedia de nuestros días.

LA OBRA.—

Baty ha escrito para la escena algunas piezas de mérito indudable. Dos de ellas —"Crimen y Castigo" de Dostoiewsky, realizada en 1899 y "Madame Bobary", en 1936— son felices adaptaciones de obras de gran envergadura.

"Dulcinea", estrenada en el Teatro Montparnasse de París, el 29 de Noviembre de 1938, es la tercera de estas creaciones de cepa ilustre que hacen de Baty un dramaturgo de calidad entre los autores de su patria, en los últimos veinte años. No se trata, como se podría pensar, de una adaptación más del hombre de teatro, realizada esta vez sobre el inmortal "Don Quijote", sino de una libre y noblemente inspirada amplificación de lo que pudiéramos considerar un capítulo casi virtual de la obra cervantina. Nada encontramos en ésta que pueda aproximarse argumentalmente a la trama de esta "Dulcinea", nombre de una figura que Cervantes sólo esbozara junto a su enorme Caballero. Pero, en el espíritu, sí que percibimos una clara consonancia entre la concepción de Baty y la obra maestra que la ha prohiado. Aunque en "Dulcinea", don Quijote no tiene presencia visible y sólo llena la obra como una insustituible inspiración de fondo.

Tuvo la creación de Baty un punto de partida puramente imaginativo que el propio autor ha explicado alguna vez en revistas y diarios franceses, confesando desde luego la honda vibración de su espíritu ante las grandes expresiones del genio español. Con lo que se refería por cierto al "Quijote", que él ha penetrado, sin duda, con pasión a un tiempo intelectual y sensitiva. Y así pudo hacerse un día —después de releer el libro famoso— preguntas de lector apasionado con su tema y contestarse él mismo, en cálido desborde de imaginación... Y sentirse poco a poco tentado por lo que pensaba... hasta tener que escribirlo, obedeciendo a la fuerte sugestión de la lectura.

De este modo, llegó tal vez a dominarlo por entero el recuerdo de Dulcinea y a desear que Cervantes hubiera puesto más atención en ella, que bien lo merecía, en vez de diluirla en medio de los altos sucesos del Andante Luminado. Se dijo, por ejemplo: ¿qué habría ocurrido si, al confiar don Quijote a Sancho su famosa misiva para la imaginaria señora Dulcinea, el escudero hubiera ido efectivamente hasta el Toboso y allí, engañado por algunos chanceros, hubiera entregado el mensaje a la pobre fregona de la posada del lugar, creyéndola la amada de su señor, bajo el encantamiento de la miseria y de la mugre? Acaso —pensó Baty— pudo ser lo que es su pieza: la transfiguración de la indigna moza por efecto del sublime amor del Paladín... la sublimación del alma precaria de la insignificante campesina en un acto de fervor espiritual capaz de hacerla digna del puro rendimiento de su in-

comparable galán. Y, una vez muerto él, pudo ser también la consagración ferviente de su elegida a la obra de justicia y sacrificios por los desvalidos que el Caballero no alcanzó a completar, pese a su heroísmo.

Y, ¿por qué también no pudo estar Sancho junto a ella, la nueva iluminada, sirviendo siempre a su señor, más allá de la terrena fama, en la persona de quien querría morir por continuarlo con la fuerza trasuntada de su idealismo?

Todo ello, expresado en un estilo simultáneamente lírico y realista, preciso y de añejo donaire. Tema admirable, bañado en una atmósfera de misticismo cristiano y en un medio color local. Inspiración idealista, llevada hasta lo patético y centrada en una imagen de Mujer Santificada después de su trance humano (el que no conocieron ni Juana de Arco ni Santa Teresa de Jesús). Tal nos parece esta hermosa "Dulcinea" que el Teatro Experimental de la Universidad de Chile se complace en presentar en el segundo número de su publicación oficial.

LA TRADUCCION.

Traducir "Dulcinea" era algo más difícil que la translación común y corriente de un texto extranjero al castellano, ya que el profundo conocimiento de la literatura cervantina y picaresca, en general, que demuestra Baty al incluir en su obra numerosas frases tomadas textualmente del Quijote, del Buscón, de las Novelas Ejemplares, del Lazarillo, etc., demandaba la ingente tarea de devolver esas frases a una forma y a una sintaxis determinada —la que tienen en las obras de que fueron extraídas— y además dar a las partes originales de que se sirvió Baty para desarrollar su diálogo y su tema, la construcción correspondiente al estilo de aquéllas. Este enorme trabajo que exigía también un amplio conocimiento de los clásicos españoles de los Siglos de Oro, fué hecho especialmente para el Teatro Experimental por dos de sus miembros, Agustín Siré y Emilio Martínez, con una acuciosidad y un acierto que pueden ser fácilmente aquilatados por el lector en este segundo número de "TEATRO".

PERSONAJES

EL CIEGO	SANCHICA
LAZARILLO	EL JUEZ
EL VENTERO	EL ALGUACIL MAYOR
EL HIDALGO	ESCRIBANO II
ALDONZA	GINES DE LA HERRA
EL ARRIERO	COCLES
EL SOLDADO MANCO	EL HOMBRE DE LA ULCERA
LA PEREGRINA	EL DESMOCHADO
PEDRO MARTINEZ	LA SALMERONA
TENORIO HERNANDEZ	EL FRAILE
SANCHO	EL MANCO
EL BACHILLER	CHIQUIZNAQUE
EL AMA	CRISTOLA
LA VOZ DE DON QUIJOTE	EL JEFE DE LOS ARQUEROS.
ESCRIBANO I	ARQUEROS, HOMBRES Y MUJE- RES DE LA AUDIENCIA.
EL BARBERO	
SANCHIA	

PRIMERA PARTE

Cuadro 1º

La venta del Toboso. Galerías de madera rústica, muros en los que la cal se descostra, un pozo y sombra. Gran puerta abierta de par en par, a través de la cual se ven algunas casas blancas. Un blanco camino, un cielo gris y la desolación de la llanura manchega.

(No se ve a nadie y todo está en silencio bajo la pesadez del sol. Luego una voz gangosa se alza en el exterior).

CIEGO.—Justo juez y rey, rey de todos los reyes,
De vuestro paraíso, abrid la puerta
a quien sacie mi hambre de pan
y apague mi sed de justicia.

(El ciego y el muchacho que lo guía aparecen en el umbral).

LAZARILLO.—No os deis trabajo, tío, que nadie hay en el lugar.

CIEGO.—Pues, entonces, mi sed es de vino. ¡Hola! ¿Dónde estás, Lazarillo?

LAZARILLO.—Ego sum...

CIEGO.—Quiero sentarme a la sombra.

LAZARILLO.—Venid por aquí.

CIEGO.—No, déjame junto a la puerta. Que ni los hombres ni las bestias puedan entrar sin pasar ante mí. El que cobra el peaje en la cadena del puente. ¡Hola! ¿No hay aquí hijo o hija de Adán? Te arrancaré los cabellos. Judas.

LAZARILLO.—¿Por qué arrancarme los cabellos?

CIEGO.—“¿Por qué arrancarme los cabellos?” ¿No acabas de meter la mano en mi alforja?

LAZARILLO.—Alguien viene.

CIEGO.—Justo juez y rey, rey de todos los reyes...

LAZARILLO.—Es el ventero...

(El ventero se acerca).

CIEGO.—¡Dios os mantega, a vos y a vuestra casa, Juan el Zurdo!

VENTERO.—Dios te mantenga, tío Justicia. ¿Otra vez por nuestros caminos?

CIEGO.—Más da el duro que el desnudo.

VENTERO.—¡Vuestra Excelencia se hace acompañar ahora por un criado! Beso las manos a Vuestra Excelencia.

CIEGO.—La vinda de un molinero me confié a este huérfano para la expiación de mis pecados.

VENTERO.—¿Eras tú el que se desgañitaba dando voces? ¿No acordó Aldonza?

CIEGO.—Tenía para mí que la tórtola había levantado el vuelo.

VENTERO.—No ha mucho llegó un arriero yangüés tan reluciente como sus bestias. Aldonza no se debe de dar punto de reposo.

CIEGO.—¿Siempre moza alegre?

VENTERO.— Siempre. Su madre era gitana y procuraba contento a los huéspedes en una venta en el camino de Granada. La moza, que tenía a quien salir, la dejó una buena mañana, para irse tras un par de bigotes.

CIEGO.— Es espejuelo el sol para atraer a las alondras a vuestro mesón. ¿Cuánto dais al rey por vuestra renta?

VENTERO.— Buen nombre tendría mi casa sin la moza: pero esta añadidura a la hospitalidad bien vale algo. Un fruto que el huésped puede coger, si tiene sed, como las uvas de mi emparrado.

CIEGO.— Un fruto más erizado de espinas que una castaña en Todos los Santos. Advertí en ella ganas de morder, una tarde en que os burlabais de su simplicidad.

VENTERO.— Ni reír sabe, ni cantar. Si su tristeza se disipara, sería el fénix de las criadas. Tan diligente es en la cocina como en los aposentos.

LAZARILLO.— Marta y María dentro del mismo vestido.

VENTERO.— De ingenio agudo, el querubín.

CIEGO.— Fué ya azotado por un maestro de gramática, y no aguaría sino a robarme bastante para tomar los hábitos.

LAZARILLO.— ¿Robaros yo? ¿Cómo pudiera hacer tal, siendo como sois tan receloso y astuto? Cuando me deja un mendrugo de pan duro, embauña él una longaniza y hasta el olorcillo de la carne encierra en su fardel.

CIEGO.— Un mozo de ciego un punto sabe más que el diablo.

(Aparece en la puerta la delgada silueta del hidalgo).

HIDALGO.— ¿La paz sea en esta casa! ¿Hay posada?

VENTERO.— Todo pertenece en ella a Vuestra Alteza. Sin duda Vuestra Alteza camina para descansar de estar sentado, y adelanta en poco a sus criados y coche.

HIDALGO.— No tengo coche.

VENTERO.— Acomodaré, entonces, el caballo de Vuestra Excelencia.

HIDALGO.— No tengo caballo.

CIEGO.— Acordaos de mí, Juan el Zurdo. Tengo el gazzate más seco que el corazón de un juez. Mandad traer un jarro de buen vino, un jarro de tres maravedís.

VENTERO.— Ten paciencia el espacio de un credo. ¿No serviré alguna cosa al señor hidalgo?

HIDALGO.— Sí.

VENTERO.— Que me place.

HIDALGO.— Agua fresca.

VENTERO.— ¿Aldonza!

(Aldonza entra corriendo, perseguida por el arriero. Es una moza alta, delgada, de cabellos negros y tez bronceada, que sería bonita si su frente fuera menos baja y sus labios menos gruesos. Rostro hermético. Voz dura. Ojos sombríos, de mirada esquiva).

ALDONZA.— ¡Largo de aquí, desalmado! ¡Pues no me ha roto la agnjeta el bellaco!

LAZARILLO.— Yo sabré, si me dejáis, volver a atar vuestra basquiña.

ALDONZA.— Aguarda a que hayas roto el cascarón para cantar como

gallo.

ARRIERO.— Tengo de decirte un secreto al oído...

ALDONZA.— Entrambas manos habéis menester para quitar las bridas a vuestras mulas.

(Aldonza retrocede hacia la gran puerta y tropieza con el soldado manco que acaba de entrar).

SOLDADO.— Pero un brazo es bastante para enlazar a las hermosas. (Y dominadoramente la besa en la boca, mientras el Lazarillo se ríe a carcajadas).

VENTERO.— Aldonza!... ¡Un jarro de agua fresca para el señor hidalgo y otro de vino para este mendigo!

SOLDADO.— ¡Y aun otro para este soldado, y del mejor!

VENTERO.— Que me place.

(Aldonza sale).

SOLDADO.— (Saludando al hidalgo). ¿Vuestra merced, señor hidalgo, permite compartir su mesa a quien lleva la espada?

HIDALGO.— Muy honrado estaré por ello.

SOLDADO.— Beso la mano de vuestra merced.

HIDALGO.— El señor soldado vuelve de la guerra?

SOLDADO.— Dos años me he batido en Flandes a las órdenes del duque de Alba, el de la blanca pluma, padre de los soldados. No hay más hermoso ejercicio que el de las armas. Juego de reyes, con cabezas por apuestas. Mas el juego tiene sus reglas, y esos bellacos no curan de ellas. En una emboscada y en una noche de invierno, condiciones ambas no permitidas, perdí mi brazo. ¡Malditos herejes! Y luego tanto se afanan los hábitos como las corazas. Es segar el trigo antes de sazón. Cuando se descubren a lo lejos las torres de una ciudad sobre las que se ciernen penachos de humo, ya no acierta uno a saber si es un asalto o una hoguera de la Inquisición.

(Aldonza vuelve con los jarros).

ALDONZA.— ¡Que os aproveche! Aquí tenéis el vuestro, tío Justicia.

(Va hacia el pozo y saca agua).

CIEGO.— ¡Y bien que rezuma la tierra!

LAZARILLO.— ¿No he de ver siquiera la color en el fondo de una taza?

CIEGO.— No es bueno el vino a tu edad. Retírate allá, que el olor bastaría a dar sed...

(Se pone a comer y a beber).

HIDALGO.— Me queda en una costanilla un campo de cascote en don-

de podrían construirse no pocas hermosas casas, y el cual, desde ese punto valdría una calle de Valladolid. Olvidaba un palomar que, a no estar derrumbado como está, daría cada año más de doscientos palominos. Inscríbamos en el inventario esta capa, este jubón casi entero y estas botas, mientras el tiempo. En verdad, he aquí mi única fortuna: ninguna de cuantas espaldas Antonio hizo no acertó a ponerle los acres tan presto como ésta los tiene.

(El arriero se ha llegado a Aldonza, que está junto al pozo).

ARRIERO.—...esta noche, después de dar a las mulas el segundo pienso.

ALDONZA.—Si voy, me veréis.

(Lazarillo se arrastra hacia el cántaro).

CIEGO.—¿Te imaginas que soy sordo, reptil? ¡Llégate ahora a tomarlo!

(Coloca el cántaro entre sus rodillas).

HIDALGO.—Por esa causa, voy a los embarcaderos de Sevilla en donde se hacen a la mar las carabelas para las Indias. Corre la voz que los zafiros se hallan allá por tierra como guijarros y que los torrentes arrastran arena de oro. ¡Plegue a la pequeña Rosa de Lima proteger mi viaje!

(Aldonza trae al hidalgo el jarro de agua fresca. Aparece una peregrina salmodiando su oración).

PEREGRINA.—En nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza, cientos y cientos de llamas tiemblan ante la santa imagen. ¿Para cuál de vosotros encenderé otra candelita? ¿Quién me socorrerá en mi peregrinación?

CIEGO.—¿Quién es ésta que mendiga sin achaques?

PEREGRINA.—No para mí, hijo, sino para los altos señores y señoras de la eterna corte. Me es conocida la manera de hablarles para alcanzar lo que las buenas almas desean.

CIEGO.—*(Entre dientes).* Alcahueta en la tierra y en el cielo...

PEREGRINA.—Tengo oraciones para toda necesidad y deseo: para que la mujer estéril tenga regocijo en su casa; para que las preñadas tengan hijo o hija; para que los viejos parientes no hagan aguardar la herencia. Oraciones para descubrir los tesoros ocultos y para sacar la carta de la buena suerte...

(Aldonza se acerca a la vieja).

ALDONZA.—Esecheha, madre...

PEREGRINA.—¡Ah! ¡Ah!... Cara de pascua. ¿quieres conocer el secreto para agradar a tu galán?

ALDONZA.—La picazón de las chinches me impide dormir, mas no la de agradar o desagradar. Y de mis galanes, como tú dices, se cuentan demasiados para que algo importen.

PEREGRINA.—¿Qué querías, pues, de esta vieja?

ALDONZA.—Toma dos cuartos para comprar dos candelas de las gruesas. Encenderás una ante la Virgen del Pilar y la otra ante el Señor San Miguel.

PEREGRINA.—¡A ellos los tomo por testigos de mi promesa!

ALDONZA.—Y aun otro cuarto para dos candelas más delgadas.

PEREGRINA.—¿A qué santos las he de poner?

ALDONZA.—Los escogerás tú misma, madre. Los que te parezcan que son de los aprovechados y más agradecidos.

PEREGRINA.—¿Y qué esperas de tus abogados?

ALDONZA.—Que le hablen de mí a mi pequeñuelo, que con ellos está. Ocho meses lo tuve conmigo, el tiempo que era menester para que pudiera reconocermé. Sus manitas comenzaban a asir mi dedo y a tirar de mis cabellos, y yo no vivía sino para él. Una fiebre de verano me lo llevó.

PEREGRINA.—¿Y el padre?

ALDONZA.—¿De cuál de los caminantes es el camino? Le hubiera hecho estudiar para clérigo, pues no hay oficio más seguro.

VENTERO.—¡Aldonza! ¡Tiempo es de poner las ollas al fuego!

ALDONZA.—¡Voy!... ¿Crees que ellos le habrán dado alas?

PEREGRINA.—Sí, hija mía, alas con plumas azules.

ALDONZA.—Con plumas azules...

(Su voz se ha hecho muy suave. Un resplandor brilla en su mirada y la transfigura. Pero eso no dura sino un instante de silencio, y su rostro se vuelve a cerrar con dureza a la llamada del ventero).

VENTERO.—¿Es menester que vaya por ti?

ALDONZA.—Id por la sarna, corredor de oreja.

(Sale. La tarde comienza a caer).

PEREGRINA.—Justo juez y rey, rey de todos los reyes...

CIEGO.—¿Eh?... ¿Qué grazna esta corneja?

PEREGRINA.—...de vuestro paraíso, abrid la puerta...

CIEGO.—Enfrena la lengua, ladrona de oraciones, que a mí pertenece el "Justo juez".

PEREGRINA.—Oídllo, cristianos; su corazón está sin luz como sus ojos.

CIEGO.—Gorda debes de ser, si de tus mentiras te sustentas.

PEREGRINA.—Verdadero es como la verdad que pagué el "Justo Juez" con efigies del rey.

CIEGO.—¿No es verdadero como la verdad que cada noche besas el ojo sin pupila de un macho cabrío?

PEREGRINA.—El mal de Nápoles ha roído las tuyas.

CIEGO.—¿Bruja! ¿Cuándo te irás en humo?

PEREGRINA.—¿Renegado!

CIEGO.—¿Sacadora de dientes de ahoreado!

PEREGRINA.—¿Comedor de puercos!

LAZARILLO.—*(que ha ido a mirar el camino).* ¡El Santo Oficio! *(Silencio. Luego a media voz, el ciego y la peregrina rezan las letanías).*

CIEGO.—San Ildefonso.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Froilán.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Isidoro.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Albito.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Manrique.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Esteban.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Pelagio.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Torcuato.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Mamante.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

(En tanto que el ciego dice las letanías, Lazarillo se llega a él, mete una larga paja en el jarro y chupa el vino, bajo las miradas regocijadas de los demás).

CIEGO.—San Hermenegildo.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Olegario.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—San Lagarto.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

(El ventero va a la puerta, y mira a todas partes).

VENTERO.—¡No hay un alma!

CIEGO.—Santa Jimena.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—Santa María Santos.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

VENTERO.—*(A Lazarillo).* ¿Has visto a alguien? ¿A alguno con el cordón verde? ¿Algún familiar de la Santa Inquisición?

(Lazarillo acaba de beber, saca la lengua al ventero y se aleja antes de responder).

CIEGO.—Santa Engracia.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

CIEGO.—Santa Librada.

PEREGRINA.—Ruega por nosotros.

LAZARILLO.—A nadie he visto. Era una aguja para coserles la boca.

CIEGO.—Santa Floresta... ¡Grandísimo zorro!

(Risas).

VENTERO.—¿En dónde aloja tan grande malicia? ¡Y qué sería, tío Justicia, si le dejaras beber vino!

CIEGO.—Por eso cuido de ello.

SOLDADO.—¿Qué principio tuvo esa disputa?

CIEGO.—Juzguen con justicia, vuestras mercedes. La plegaria "Justo Juez" es mi plegaria. Ha sido medida especialmente para mí por el sacristán de Majalahonda. He pagado por ella ocho buenos reales, por lo que no está permitido decirla a otra boca alguna.

PEREGRINA.—¡Ocho reales! El sacristán es un genovés o un judío. Pecadora de mí, que me ha revendido la misma plegaria cuando pasé por Majalahonda. ¡Diez reales me hizo desembolsar el hijo de perra! ¡Diez reales por una oración manoseada!

SOLDADO.—El pleito no es entre vosotros dos, sino entre el poeta y vosotros. Cuando volváis a Majalahonda, significadle que estáis autorizados por nuestro tribunal para reembolsaros sobre sus espaldas: ¡un garrotazo por cada real!

VENTERO.—¡Bien juzgado! Bebamos por tan discreta sentencia.

CIEGO.—¡Bebamos! *(El jarro está vacío. Todos se ponen a reír).*

¡Sin embargo, yo lo tenía entre mis rodillas...!

(Entran Pedro Martínez y Tenorio Hernández).

PEDRO MARTINEZ.—¿Hase refugiado la alegría en el Toboso y alojándose en vuestra casa, Juan el Zurdo? ¿No nos participaréis de ella?

VENTERO.—Sean bienvenidos vuestras mercedes.

PEDRO MARTINEZ.—Este es mi amigo, Tenorio Hernández; toledano, como yo; mercader, como yo; y vuelve, como yo, de comprar seda en Murcia. Mandad desuncir las mulas y poner en fila los carros para la noche.

VENTERO.—Que me place, señor Pedro Martínez.

PEDRO MARTINEZ.—Dios guarde a todos los presentes.

LOS DEMAS.—Que El os mantenga.

(El ventero sale al camino. Los dos mercaderes se sientan a la mesa con el hidalgo y el soldado).

CIEGO.—¡Lazarillo!... Guíame hasta el heno. Hora es de dormir.

SOLDADO.—Cuida, rapaz, que no se cobre del vino sobre tus costillas.

LAZARILLO.—No hay riesgo a esta hora. Bien se sabe él que podría saltar una barra a la escala.

CIEGO.—Oíd silbar al áspid. No es gordo, pero es todo veneno. Para expiación de mis pecados...

(Salen el ciego y Lazarillo).

PEREGRINA.—Seré útil vigilando las ollas.

(Se desliza hacia la cocina).

TENORIO HERNANDEZ.—¡Dura jornada! Tanto pesaba el sol, que las aldeas parecían hundirse en la tierra.

(Aldonza viene a escanciar).

PEDRO MARTINEZ.—¡Ved aquí a la hermosa Aldonza! ¡Salud al ángel guardián de esta venta! Tan crédula es como complaciente. En mi último viaje, dímosle a entender que la tierra era redonda como una naranja y daba vueltas en medio del cielo, a la manera de un huevo en un surtidor de agua. *(Risas).* Tendrás que bailar para nosotros cuando la luna esté alta.

SOLDADO.—¡Eso es! ¡Baila!

ALDONZA.—¡Baila! ¡Baila! ¿Quién os dice que tengo ganas de bailar?

(Sale).

PEDRO MARTINEZ.—La gitana huele a gitana. Pero es más flexible que una vara de mimbre.

(Entran Sancho y el Rucio, el uno guiando al otro).

SANCHO.—¡Dios sea con vosotros, gentes de bien!

HIDALGO.—Y con vos, buen hombre.

SANCHO.—Que su misericordia borre los pecados de vuestras mercedes, si vuestras mercedes son servidos de mostrarme el palacio de la muy alta señora Dulcinea.

TENORIO HERNANDEZ.—¿Palacio?... No he oído decir que haya en el Toboso.

PEDRO MARTINEZ.—Pero nosotros no somos del lugar, y más me valdría preguntar al ventero. ¡Eh!... ¡Juan el Zurdo!...

SANCHO.—¿Ventero, dice vuestra merced? Luego, ¿venta es ésta?

HIDALGO.—Pues, ¿no veis el haz de leña? ¿Qué otra cosa quisierais que fuera?

SANCHO.—No se sabe nunca si lo que se tiene delante es en verdad lo que parece ser. Ventas he conocido que no eran sino castillos disfrazados, llenos de moros encantados y de volantes estacas. No hay que fiarse de las apariencias, y donde no piensan, salta la liebre.

PEDRO MARTINEZ.—Llegaos acá, señor Juan. La fortuna os favorece con un huésped sin par.

(*Entra el ventero*).

VENTERO.—Llevad, hermano, si así lo queréis, vuestro asno a la caballeriza.

PEDRO MARTINEZ.—Esechad, primeramente.

SANCHO.—No antes de haber cumplido el encargo de mi amo.

PEDRO MARTINEZ.—¿Quién es vuestro amo?

SANCHO.—Su nombre es don Quijote de la Mancha; y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

PEDRO MARTINEZ.—Y, si no me equivoco, ¿sois vos un nuevo Galsabal junto a un nuevo Galaor?

SANCHO.—Bien ha dado vuestra merced en el hito, si ha querido significar con ello que soy Sancho Panza, su escudero, al menos por hoy.

PEDRO MARTINEZ.—Pues, ¿qué esperáis ser mañana?

SANCHO.—A no dudarlo, gobernador de alguna ínsula. Es costumbre de los caballeros andantes hacer gobernadores a sus escuderos de los reinos conquistados. Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo pensaba irme a la sepultura. Pero bien se les alcanzará a vuestras mercedes que, si de pronto el cielo me deparase, de buenas a buenas, sin riesgo ni solicitud, alguna ínsula u otra cosa semejante, necesidad doble o triple sería el desecharla.

TENORIO HERNANDEZ.—Hablaís de perlas.

SANCHO.—Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla. A caballo regalado, no hay que mirarle el diente, y buenas son dádivas después de Pascua.

PEDRO MARTINEZ.—¿Hállase ahora el valeroso don Quijote conquistando reinos?

SANCHO.—Aun es temprano, porque no ha seis semanas escasas que dejamos nuestro lugar. Las aventuras no han faltado; pero el pagano Frestón,

que nos persigue, usando de desleales artificios, todo lo vuelve a nuestra confusión.

VENTERO.—¿Queréis decir que habéis sido apaleado?

SANCHO.—Si los palos se hubieren de pagar a dinero, y aunque no se tasaran sino a tres maravedís cada uno, más de diez escudos se necesitaran para arreglar la mitad de mi cuenta.

VENTERO.—¿Buen negocio!

SANCHO.—Tomáis contento en pensarlo.

VENTERO.—Advertid que vuestra piel debe de estar ahora curtida como el mejor cuero cordobán y que ya no sentiréis los golpes venideros.

SANCHO.—¡Mal haya el diablo! Mas la rueda de la Fortuna anda más lista que la rueda de molino, y no trocaría yo mis esperanzas con un bote de canónigo.

(*Entran Lazarillo y el arriero*).

HIDALGO.—Nunca he topado simple mayor, ni siquiera en sueños.

VENTERO.—¿No os apeáis de vuestra cabalgadura, señor caballero?

SANCHO.—Eso haré, si es para que me llevéis sin tardanza a presencia de la señora de la hermosura para entregarle mi mensaje. (*Echa pie a tierra. El ventero se lleva el asno*). Cuidad del Rucio, que así se llama mi jumento, como corcel de príncipe. En tanta estima lo tengo como a mi mujer y mi hija juntas. Vuestra merced sea servido de mostrarme el camino.

PEDRO MARTINEZ.—Que me place. Pero decidnos algo más de ese pagano Frestón o Fristón que os persigue.

SANCHO.—Es un encantador temible. Ninguno tan entendido como él para volver gigantes en molinos y un ejército en manada de ovejas.

LAZARILLO.—Gigantes en molinos...

TENORIO HERNANDEZ.—¿Habéis visto, hermano, tales prodigios?

SANCHO.—Con estos ojos que os miran.

PEDRO MARTINEZ.—¿Cómo ha sucedido eso, valeroso escudero de tal héroe?

SANCHO.—El primer día de nuestra salida fué como sopa al principio de la comida. Al anoecer, el valeroso caballero descubre sobre una colina treinta, o pocos más, gigantes en orden de batalla, los cuales nos provocaban moviendo desmesurados brazos. En el espacio de un credo se cubre con la rodela y, con la lanza en ristre, arremete a todo galope de Rocinante.

TENORIO HERNANDEZ.—¿Rocinante?

SANCHO.—Es el digno caballo de mi señor don Quijote, quien afirma que, aunque no tiene buena traza, Babieca con él no se iguala. En cuanto al Rucio, soplaban las trompetas del asalto...

SOLDADO.—¿Y los gigantes?

SANCHO.—Aguardaban a pie firme. Vi a mi amo embestir con el primero, y tal me pareció que iba a atravesarlo con la lanza. Pero en aquel punto, justamente en aquel punto... ¡oh, tales momentos no corren riesgo de caérseme de la memoria, así debiera yo vivir tantos años como los reyes de antes del diluvio!

PEDRO MARTINEZ.—¿Y bien?

SANCHO.—He aquí que de pronto los enemigos desaparecieron, haciendo en su lugar treinta molinos, tan molinos como todos los de su clase, que, apacibles, tomaban el aire. Pero las grandes aspas de aquel que mi amo desafiara, llamándole Briareo, levantaron por los aires al malaventurado caballero que había dado en ellas la lanza, arrojándolo a veinte pasos, mal trecho, quebrantado, herido y ofendido.

PEDRO MARTINEZ.—Molido, sobre todo, según pienso.

SANCHO.—¡Ay, buenos cristianos, daba gran pesadumbre!

TENORIO HERNÁNDEZ.—Mas a vos, prudente escudero, que no os dejáis engañar, ¿desde tan lejos como los divisasteis, esos molinos no os parecieron tales, honrados molinos moledores de granos?

SANCHO.—Confieso que eso me parecieron. He declarado a vuestras mercedes que aquél era mi primer día de aventuras y me dejaba aún engañar por las apariencias. ¡Pues no me llevó mi simpleza, de la que ahora me corro, a osar advertir a mi amo que los que allí se parecían eran molinos! Pero a él, que sabe más que el diablo, no le valieron engaños, pues al punto reconoció a los gigantes.

(*Vuelve el ventero*).

ARRIERO.—El viento norte se le entró por el oído derecho y saliósele ha por el izquierdo.

PEDRO MARTINEZ.—Hacednos merced, hermano...

SANCHO.—Gran prisa tengo de dar cumplimiento a mi embajada y de volver al lugar de donde vengo para sacar a mi amo de su penitencia.

PEDRO MARTINEZ.—¿Adónde queda el valiente caballero?

SANCHO.—A tres días de este lugar, en las más ásperas entrañas de la sierra. Ha hecho votos de quedarse allí, en cueros, haciendo cabriolas, sin comer otra cosa que yerbas, y sin peinarse la barba, en tanto no le lleve la respuesta de su señora.

VENTERO.—¿Por qué en cueros?

SOLDADO.—¿Para qué las cabriolas?

SANCHO.—¿Tan nuevo sois en el mundo que no sabéis esta costumbre de los caballeros andantes? Gran gusto se recibe en oír discurrir de ello a mi amo, tanto espacio como un predicador en Jueves Santo. Cuenta que Amadís de Gaula, desdeñado por la hermosa Oriana, se retiró a hacer penitencia en la Peña Pobre, y que otro tanto hicieron otros veinte caballeros, mo-delos todos ellos de enamorados y valientes; pero, ¡cuerpo de mi padre!, no más que mi amo. Por todo ello, no es ésta ocasión de estarme aquí hablando. Condúzcanme vuestras mercedes ante la alta señora, si la hora es conveniente para presentarme en su palacio, lo cual yo no sé, pues no estoy todavía instruído en los usos de la corte.

SOLDADO.—¿De qué alta señora habláis?

SANCHO.—De la princesa Dulcinea del Toboso, sol de hermosura, de quien mi amo está enamorado hasta los hígados.

VENTERO.—¿Dulcinea?... ¿Quién es esa Dulcinea?

SANCHO.—Antes sois vos quien debéis decirlo, pues respiráis el mismo aire que su boca.

P. MARTINEZ.—Lo que el ventero quiere preguntaros es qué os ha hecho conocer de ella, anticipadamente, el ilustre paladín.

SANCHO.—Díjome que es la más hermosa, como asimismo la más honesta, la más discreta y mejor hablada señora. Sale de ella un olor sabeo, una fragancia de lirios y ámbar desleído. Son sus cabellos otros tantos rayos solares que andan jugando con el viento; sus ojos, verdes esmeraldas, y dos celestiales arcos, sus cejas.

P. MARTINEZ.—Aguardad, hermano, ¿no son, por ventura, rosas sus mejillas?

SANCHO.—Sí, tal.

HERNANDEZ.—¿Sus labios, corales; y perlas, sus dientes?

SANCHO.—¿Cómo lo sabe, vuestra merced?

SOLDADO.—¿No es alabastro su cuello?

SANCHO.—Así es.

VENTERO.—¿Su pecho, mármol?

SANCHO.—Tal me parece.

HIDALGO.—Y sus manos, ¿no son sus manos marfil?

SANCHO.—Ya ven, vuestras mercedes, que la conocen.

VENTERO.—Pero, ¿estáis cierto, hermano, que esa señora habita en el Toboso?

SANCHO.—Sin duda alguna, y su alcázar es digno de un rey.

VENTERO.—¿Y es en este lugar donde vuestro amo la vió?

SANCHO.—Como no olvido yo el que a vos os debo, no olvidéis vos el respeto que debéis a mi amo, el cual nunca vió la resplandeciente hermosura de su señora.

SOLDADO.—Pues, ¿por quién nunca ha visto alimenta vuestro amo tan grande amor y toma de ello tal gloria?

SANCHO.—Pues, ¿qué gloria hubiera en amarla, si la hubiese visto? Bueno es eso para gentes como yo y vuestras mercedes, y aquel que embarca para las Indias va a buscar oro porque conoce el camino del oro; mas, cuando Colón se hizo a la mar con sus carabelas, no sabía ni del oro ni del camino.

P. MARTINEZ.—Entre el héroe y la doncella, ¿no ha habido, pues, otra cosa que epístolas, billetes y comercio del espíritu?

SANCHO.—No tal, yo traigo el primer mensaje.

VENTERO.—¿Y cómo la conoceréis?

SANCHO.—Pues allí es donde me aprieta el zapato. Bien sé yo que habita un palacio, y que no se ignora un palacio en una aldea y que así que la vea llorarán mis ojos, como cuando se mira el sol. Mas, ¿si el malvado Fres-tón hubiera trocado en choza el palacio? ¿Si ocultara su hermosura bajo una máscara, embaucándome con una cara redonda, una nariz aplastada, cerdas de cola de buey bermejo, y aún con un bigote?

P. MARTINEZ.—Salid de cuidado, honrado escudero, que todos somos aquí muy devotos de los caballeros andantes y no dejaremos más tiempo a vuestro amo en tan dura penitencia. La señora Dulcinea no queda lejos de aquí.

VENTERO.—Ahechando está dos hanegas de trigo en el corral.

HERNANDEZ.—Creerá vuestras palabras como latín de iglesia.

VENTERO.—Aguardad en el umbral en tanto nosotros vamos a un encuentro para anunciarle vuestra embajada.

P. MARTINEZ.—Holgaos, señor Sancho, que la princesa va a venir. *(Todos, menos Sancho, salen riendo).*

SANCHO.—Y el cielo, con ella. Dios, que da la llaga, da la medicina. La hora es llegada. Sancho hermano, en que serás honrado para orgullo de todos los Panzas, Mas, ¿quién eres tú, villano, harto de ajos, para atreverte a hablar a... ¡La carta!... ¿Dónde he puesto la carta? ¡San Cristóbal me socorra en este peligro! ¡Cuán prudente era mi amo al ordenarme que no bebiera! ¡Mas, tú no has sabido contenerme, grosero, glotón, cuando después de una semana y algo más que no bebías sino aguas turbias te topaste con el primer zaque de vino! ¡Y has perdido la carta! ¡Ah, aquí está, en mi sombrero! Gracias os doy, San Cristóbal.

P. MARTINEZ.—¡Humillaos, mortales!
(Sancho se pone de rodillas).

SOLDADO.—¡He aquí la perla de la Mancha!

HERNANDEZ.—¡He aquí el coral, el marfil, el alabastro y las rosas!
(Vuelven todos conduciendo a Aldonza).

ALDONZA.—¡Moseas azules sobre una carroña!...

HIDALGO.—¡La más discreta y la mejor hablada!

VENTERO.—¡Mirad el sol de la hermosura!

(Sancho, prosternado, habla sin levantar la cabeza).

SANCHO.—Reina, y princesa y duquesa, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante a este vuestro vasallo hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra magnífica presencia.

ALDONZA.—¿Desde cuándo es carnaval en Mayo?

SANCHO.—Mi ilustre amo, soberana señora, el valeroso don Quijote, columna y sostén de la andante caballería, se ha convertido por vuestro amor en Caballero de la Triste Figura; sálense de su pecho tales suspiros que mueven las hojas de los árboles como una tempestad, y nada sería bastante a calmar sus euitas, si no es la respuesta a esta carta que él me encargó depositara, yo tan blanco en vuestras manos indignas.

ALDONZA.—¿Cuántas vísperas, panzudo capellán?

P. MARTINEZ.—Esta es la misiva del héroe. ¿Os place que os la leamos?

HIDALGO.—Con todo el acatamiento debido a aquel que la envió y a aquella a quien fué enviada.

ALDONZA.—¿Y para tales necesidades habéis venido a tirarme de los vestidos? Atiendan vuestras mercedes mucho enhorabuena a sus menesteres, y déjenme hacer el mío, que aun debo destripar los pollos y desenvainar los guisantes. Vuestras mercedes serán luego los primeros en graznar como gansos, si la olla no es servida en su punto.

(Sale).

SANCHO.—*(Levantando, por fin, la cabeza).* ¡Ah, pecador de mí! ¡Miserable Frestón que has pasado por aquí antes que yo!

HERNANDEZ.—¿Qué queréis decir?

SANCHO.—Que, como lo temía, mi señora Dulcinea está encantada. Volveréme más pesado que vine, con la carga de tan triste nueva.

SOLDADO.—No consentiremos que os pongáis en camino, señor escudero, sin antes haberos dado el trato que merecéis.

T. HERNANDEZ.—No saldrán defraudadas, en la medida de vuestras fuerzas, vuestras esperanzas de una alta posición.

SANCHO.—Gracias sean dadas a vuestras mercedes por tantos comedimientos como me hacen. Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

VENTERO.—Entrad en mi casa, y excusad mi pobreza, pues no exitiendo ante vuestros pasos una preciosa alfombra, sino esta miserable manta. *(Sancho, empujado por el arriero, cae en la manta que ha extendido el ventero. Se lo llevan con grandes risas).*

ALDONZA.—*(En el umbral de la cocina).* ¡Juan el Zurdo!

P. MARTINEZ.—*(Reteniéndola).* ¡Eseucha!

ALDONZA.—Van a mantearlo como a los huéspedes que no pagan el gasto. ¡Buenos puños tiene el Zurdo para la manta!

P. MARTINEZ.—Déjalos entretenerse y eseucha.

ALDONZA.—Demasiado bien sé cómo se entretienen, pues también a mí ciertos penitentes que acompañaban un cuerpo muerto me echaron por los aires y me volvieron a empujar hasta el techo, y aun más alto.

(Aldonza enciende la lámpara que cuelga por sobre la mesa).

P. MARTINEZ.—¡Eseucha la carta!

ALDONZA.—¿Es por ventura mío todo el tiempo para que así lo pierda? ¿O conoce vuestra merced palabras de hechicería para que salgan de sus vainas los guisantes?

P. MARTINEZ.—Saca esas vainas, seductora, pero eseucha.

ALDONZA.—No hay criatura de Dios que tenga algo que escribirme.

P. MARTINEZ.—“A Dulcinea del Toboso”...

ALDONZA.—Repáre, vuestra merced, que la carta no es para mí. Buen provecho le haga.

P. MARTINEZ.—¿Pues a otra que a ti requería Sancho? Y, ¿no fué a ti a quien la entregó?

ALDONZA.—¿Por qué, pues, ese otro nombre que vuestra merced ha leído?

P. MARTINEZ.—¡Dulcinea!... ¿No sabes que se mudan a veces los nombres para hacerlos más tiernos?

ALDONZA.—Así como llamaba yo a mi hijito, Tesoro.

P. MARTINEZ.—Ya lo ves.

ALDONZA.—No dice verdad vuestra merced, pues nunca nadie ha cambiado mi nombre.

P. MARTINEZ.—Ya ves que todo puede suceder.

ALDONZA.—¡Dulcinea!... No gano mi pan con esas historias.

P. MARTINEZ.—“Soberana señora. Mi escudero te dará entera relación, amada enemiga mía, del modo que por tu causa quedo. Mal haría yo, bien que herido y llagado de amor, en maldecir mi fortuna, ya que en este mal gusto el supremo bien de pensar sin tregua en tu belleza”...

VOZ DE SANCHO.—¡Traidores! ¡Traidores!

VOZ DE MANTEADORES.—¡Ah!... ¡hup!

VOZ DE SANCHO.—¡Me quejaré a mi amo!

VOZ DE MANTEADORES.—¡Ah!... ¡hup!

ALDONZA.—¡Ya lo decía!...

P. MARTINEZ.—Estáme atenta, que el billete bien lo merece.

VOZ DE SANCHO.—¡Me vengaré!...

VOZ DE MANTEADORES.—¡Ah!... ¡hup!

P. MARTINEZ.—“...Aun eso quisiera yo que fuera con tu beneplácito. Plegue a Dios que el mensajero me traiga alguna prenda que me dé seguridad que aceptas mi devoción, me confiesas por sostenedor de tus colores y consientes en ser la señora de mis pensamientos”...

VOZ DE SANCHO.—¡Renegados!

VOZ DE MANTEADORES.—¡Ah!... ¡hup!

P. MARTINEZ.—“La señora de mis pensamientos”...

ALDONZA.—¿Qué quiere decir esa razón?

P. MARTINEZ.—“...por quien viviré, combatiré y moriré, con lealtad, honra y alegría”.

ALDONZA.—¿Está escrito “por quien moriré y viviré”?

VOZ DE SANCHO.—¡Misericordia!

VOZ DE MANTEADORES.—¡Ah!... ¡hup!

P. MARTINEZ.—“¡Oh, norte de mis caminos! ¡Estrella de mi ventura! ¡Tu vasallo ha hecho voto de no parecer ante tu presencia, sino cubierto de gloria, al igual que los caballeros antiguos! ¡Puedan estos ojos que ha de comer la tierra no plegarse antes de haber visto la lumbre de los tuyos...!”

VOZ DE SANCHO.—¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡Apiadaos!

VOZ DE MANTEADORES.—¡Ah!... ¡hup!

P. MARTINEZ.—Y bien, ¿qué dices de esta carta?

ALDONZA.—Nada se me alcanza.

VOZ DE SANCHO.—¡San Cristóbal!

VOZ DE MANTEADORES.—¡Ah!... ¡hup!

P. MARTINEZ.—(Dándole la carta).—Clava esto a la cabecera de tu lecho. Será para ti un título de nobleza, y para cada huésped un regocijo más.

(Va a salir).

ALDONZA.—¡Señor Martínez! Ruego a vuestra merced me muestre el lugar...

P. MARTINEZ.—¿El lugar?

ALDONZA.—en que está... “por quién viviré y moriré”.

P. MARTINEZ.—Aquí es. Pero el resto es de oro más puro.

(Pedro Martínez se junta a los manteadores, que se detienen con grandes carcajadas. Aldonza contempla largamente la carta y sale. La noche ya ha

caído. La luna transfigura el patio. Silencio. Sancho, con los vestidos en desorden, se desliza azorado y miedoso, a lo largo de los muros).

SANCHO.—¡Otro castillo encantado! (Se deja caer en el brocal del pozo). Por su mal le nacieron alas a la hormiga, y también a mí, me dieron alas los bellacos.

(Vuelve Aldonza y pasa un jarro a Sancho).

ALDONZA.—Tomad, hermano, y bebed.

SANCHO.—Apiadados de mí, señora Dulcinea, que a pesar de vuestra apariencia, bien sé yo quién sois.

ALDONZA.—No hay aquí más señora que pimienta en vuestra sopa. Moza de venta soy y Aldonza es mi nombre.

SANCHO.—Sea como os plazca, que entre el sí y el no de la mujer no me atrevería yo a poner una punta de alfiler, porque no cabría.

ALDONZA.—¿Sois simple, hermano, u os picáis de gracioso? Bebed el vino.

SANCHO.—¿Y si fuera un nuevo engaño o una broma maligna? ¿Un brebaje que me vuelva en buitre o en puerco?

ALDONZA.—Nala temáis. Bebed.

SANCHO.—(Después de haber bebido). ¡Gracias sean dadas a Noé! ¿No es este vino de Ciudad Real?

ALDONZA.—¡Bravo catador! En verdad que no es de otra parte y que tiene algunos años de ancianidad.

SANCHO.—Bajo una mala capa se puede ocultar un buen bebedor. ¡Dios os lo pague con creces!... ¡Juráis, pues, por la vida de quien os es más querido, que sois vos misma tal cual os veo?

ALDONZA.—No tengo a nadie por quien jurar.

SANCHO.—¿Este olor de ajos es vuestro olor, en lugar de no sé qué fragancia de ámbar y lirios?

ALDONZA.—Quien teme al ajo, siga su camino.

SANCHO.—¿Qué industria usaré para decírselo a mi amo?

ALDONZA.—Su carta está llena de elevadas palabras que brillan como el sol, y como tal, deslumbran. ¿Por qué me ha escrito?

SANCHO.—Porque os ama y quiere consagraros su vida y sus batallas.

ALDONZA.—¿Quién es?

SANCHO.—El espanto de los desalmados y el sostén de los oprimidos.

ALDONZA.—¿Qué hace?

SANCHO.—Persigue la injusticia, reconforta la debilidad, libera la inocencia, da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre.

ALDONZA.—¿Qué quiere de mí?

SANCHO.—Vuestro consentimiento para proclamaros la señora de su pensamiento.

ALDONZA.—¿Y vos habéis creído, hermano, que yo mordería el cebo? ¡El consentimiento!... Como si me lo pidieran los carreteros que me echan sobre el heno... “Llegaos acá y acomodaos”.

SANCHO.—¿Qué decís, señora Dulcinea!

ALDONZA.—¡Necio! Nadie ha desplegado nunca los labios para preguntarme si estaba contenta o reventando de pena. Ni siquiera el primer manebro a quien di contento ni tampoco el cura que me dió la comunión. Así como los rocines ciegos que dan vueltas a las norias. ¡Arre, amiga! ¡Trabajaja, amiga! ¡Revienta, amiga! ¡Y eso es lo que un hidalgo como vuestro amo os mandaría a buscar! Id a vender vuestros guisantes en otro sitio, buen hombre, que están muy duros. El consentimiento de proclamarme la señora de sus pensamientos... ¿Por qué? os lo pregunto.

SANCHO.—¿Por qué las moscas ensucian blanco sobre negro y negro sobre blanco? ¿Por qué se prefiere caballo de Córdoba, toro de Asturias, espada de Toledo y gaita de Zamora? No sé otra cosa, sino que mi amo os ha escogido entre todas las mujeres, y negocio suyo es, que no mío. Castígame mi madre y yo trómpogelas.

ALDONZA.—...entre todas las mujeres... (*Inclina la cabeza. Largo silencio*).

SANCHO.—¿Qué respuesta le llevaré?

ALDONZA.—No entiendo yo de esas maneras. Vuestro amo no tiene más que venir, que yo pondré sábanas blancas en mi lecho.

SANCHO.—¿Y euán descaminada andáis! Pero me doy a entender que queréis lo que mi amo quiere y así razón tendrá mi señor para lamerse el bigote como gato que come tripas. ¡Dios os bendiga! ¡Ven, Rucio! ¡Ven, hijo mío, que en el camino trataremos entrambos de enlilar cortesanías razones!

ALDONZA.—¿Qué razones?

SANCHO.—Las que pudierais haber dicho, y de aquí a la sierra forzoso será levantar un palacio.

ALDONZA.—¿Qué palacio?

SANCHO.—Aquel en que hubiera podido hallaros, y he de hacer que mi amo respire el ámbar o el lirio y no el ajo.

ALDONZA.—Eso será mentir.

SANCHO.—¿Quién pudiera afirmarlo? Eso da escoger aquello de que mi amo gusta. ¡Es en tal manera simple!

ALDONZA.—¿Le queréis vos?

SANCHO.—Como a las telas de mi corazón. ¡Dios os guarde, quienquiera que seáis!

ALDONZA.—Que El os acompañe, Sancho. (*Le mira partirse montado en el asno; luego, toma el jarro vacío, da algunos pasos, se detiene pensativa, sonríe y sale. Entra el arriero, trayendo una guitarra. Imita a Aldonza burlonamente*).

ARRIERO.—En los hierros de mi reja
cinta de oro él ha atado...

(*Aparecen P. Martínez, T. Hernández, el Hidalgo, el soldado y el ventero*).

ARRIERO.—Yo soy, pues, esa doncella
que al buen rey ha cautivado...

(*Grandes risas mientras el cuadro se esfuma*).

Cuadro 2º

(*Algunos meses más tarde. El patio de la venta. Atardecer dorado de Septiembre*).

(*El ventero canta mientras teje un red. Entra el bachiller*).

BACHILLER.—¡Dios os mantenga!

VENTERO.—¿Y tenga a vuestra merced, señor bachiller, de su mano!

BACHILLER.—¿Está fresco vuestro vino?

VENTERO.—Frió tenía de aguardar a vuestra merced.

BACHILLER.—¿Preparáis una trampa para los zorzales?

VENTERO.—Los zorzales se van al tiempo de las vendimias, mas las perdices se quedan en los campos.

BACHILLER.—Mayor caza que ésa os traen: he topado una carreta tirada por bueyes, sobre la cual está la jaula donde viene encerrada. Los vendimiadores forman un alegre cortejo dando voces que es un loco que devuelven a su lugar. Oíd cómo se acerca bulliciosamente y pasa por el camino. Se divisan por la puerta los vendimiadores, que ríen, cantan, bromean y se llaman. Pero el hombre enjaulado permanece invisible). Colocado va en una caja cual una reliquia.

VENTERO.—¿Quién es el loco?

UNA VOZ.—Un cierto Quijano.

VENTERO.—¿Y adónde váis?

LA VOZ.—Hasta Argamasilla.

VENTERO.—Es flaco como sarmiento y muy pacífico parece ahora...

BACHILLER.—Tengo decidido de acompañarlos y tendré de qué reír.

VENTERO.—La alegría acompañe al señor Bachiller. (*El bachiller paga al ventero y se reúne al cortejo cuyo rumor se aleja. El ventero sigue amudando la red y vuelve a su canción. Sancho aparece en el camino, llevando al asno del cabestro. Ambos parecen extenuados. Sancho entra, ata al Rucio a un pilar y se deja caer ante una mesa*).

SANCHO.—¡Dadnos de beber a entrambos!

VENTERO.—¿Qué veo? ¡No es el valeroso escudero que ha vuelto? ¡No reconocéis la venta?

SANCHO.—No... digo... Ven, hijo mío, beberemos en otro sitio.

VENTERO.—¿Es así cómo huís de los amigos? Sentaos y acordaos a vuestro buen talante... Mas ocurreseme ahora pensar si no sería vuestro amo quien acaba de pasar con gran aparato. ¡Seguíais a distancia el cortejo!

SANCHO.—No entiendo lo que queréis decir.

VENTERO.—¿El loco era, pues, ese mentecato que se cree caballero andante?

SANCHO.—No conozco a ese hombre.

VENTERO.—¡El gallo de San Pedro ha cantado!

SANCHO.—Pues bien, sí; es Alonso Quijano, que se hace llamar ahora don Quijote. Hanle enjaulado como a un lobo y lo conducen a nuestra aldea, al otro cabo de este camino. Pero, si sois cristiano, ¡dadnos de beber!

VENTERO.—¡Aldonza, trae un jarro y ven a conocer las nuevas!

SANCHO.—Ya no acierto a saber cuál es mi pie derecho.

VENTERO.—Tenía para mí que erais ya virrey o, a lo menos,...

SANCHO.—No es bien tentar a Dios, y quieu busca el peligro perece en él.

(*Entra Aldonza trayendo un jarro*).

VENTERO.—¡Ah, ah!... ¡Has reconocido al mensajero desde que lo viste! ¡Pues no parecía poco ufano aquella hermosa tarde de Mayo, cuando traía el mensaje todo embalsamado de retórica y aderezado de metáforas!

ALDONZA.—Ya no recuerdo tal mensaje.

VENTERO.—Pues, ¿no lo habías aprendido de memoria?

ALDONZA.—Las hojas estaban verdes y ahora están rojas.

VENTERO.—Mas no sacaré hoy otra carta de la faltriquera.

ALDONZA.— Tanto que mejor. Los juegos que mucho duran ya no hacen reír.

VENTERO.—El eriado no viene esta vez sino para escoltar al amo. (*Aldonza calla*). El caballero en persona está en el camino.

ALDONZA.—Como soy tan simple, no hay embuste que no trague.

VENTERO.—Te digo que su corte le acompaña danzando y cantando. ¿No oyes?

ALDONZA.— Demasiado fácil es el blanco para un buen arquero, maese Juan.

VENTERO.—No tienes que dar sino dos pasos. Ven a ver.

ALDONZA.— No...

VENTERO.—Princesa... —¿no recuerdo ya cómo!—, ¿temes, no ser bastante ámbar y lirio, alabastro y coral? ¡Ven! (*Aldonza se acerca lentamente al umbral, desde donde la llama el ventero*). ¡Allá!... ¿Ves?

ALDONZA.—¿Esas gentes?

VENTERO.—Llevan a su casa a un loco que han atado y echado en una jaula, al muy ilustre don Quijote de la Mancha.

ALDONZA.—¿No deéis verdad!

VENTERO.—Tengo el testimonio de su escudero. Quizá el amor le ha vuelto loco.

SANCHO.—O lo era quizá de nacimiento. (*El ventero se pone a reír*).

ALDONZA.—Holgaos cuanto os plazca, que a mí no se me da dos ardites.

SANCHO.—Hacedme merced y beneficio de un cubo de agua para el rucio, un cubo de buena agua fresca. (*Aldonza sale con el asno. Sancho va a beber, cuando el ventero lo detiene*).

VENTERO.—El jarro vale tres maravedís.

SANCHO.—Ayer he dado mi último cuarto y estoy sin blanca. Mirad de pagáros con alguna de las prendas que llevo.

VENTERO.—Si no traéis dineros, fuerza será que os esquile. ¡Tomaré vuestros calzones o vuestro gabán?

SANCHO.—¡Mi gabán por sólo un jarro de vino!

VENTERO.—Llenaré también esa bota que lleváis al costado y que afflige el corazón de ver tan flaca.

SANCHO.—No es pequeña la necesidad de un cuarto de queso y de un pedazo de pan. Si es verdad que el hambre aguza el ingenio y que el demasiado comer le vuelve romo, hoy debe de estar el mío agudo como punta de ballesta y afilado como lengua de monja.

VENTERO.—Pues irá mi generosidad hasta el queso y el pan.

SANCHO.—¿Qué diré a mi mujer?

VENTERO.—¿Sois, pues, casado, señor aventurero?

SANCHO.—Así es. Quiero más a mi Sancha que a las niñas de mis ojos, y más que a mis pestañas, a la Sanchica, nuestra hija, que no pasa los quince y es más grande que una lanza y más derecha que un huso de Guadarrama. ¿Qué dirían al verme volver, no ya sin reino y sin insula, sino aún sin gabán? Me zumban los oídos en sólo pensarlo. Entre dos muelas cordales nunca pongas los pulgares, y así, no daré al señor ventero mi gabán.

VENTERO.—Tomaré pues a llevarme el jarro.

SANCHO.—¿Oh, venta del Toboso, purgatorio del viajero! ¿Es aún vino de Ciudad Real?

VENTERO.—Aun.

SANCHO.—¿De la cosecha del año pasado?

VENTERO.—Del año pasado. Palpad el jarro y ved cómo rezuma fresca.

SANCHO.—Aquí tengo algo... Aguardad.

(*Busca en su costal y saca el yelmo de Mambrino*).

VENTERO.—¿Qué es eso? Una bacía de barbero.

SANCHO.—Lo que deéis: una bacía de barbero.

VENTERO.—El azófar parece bueno.

SANCHO.—Una bacía de barbero, de azófar.

VENTERO.—Pero está muy abollada.

SANCHO.—Tales abolladuras hanlas causado todas y cada una de las piedras que han llovido sobre ella y los palos que la han aplastado muy a menudo contra la cabeza de mi señor don Quijote.

VENTERO.—¿Se cubría vuestro amo con esta bacía?

SANCHO.—Habíala conquistado de un barbero ambulante. Mas esta bacía de barbero o bacín de azófar era para mi señor don Quijote, el yelmo de Mambrino.

VENTERO.—¿El yelmo de Mambrino?

SANCHO.—Sí. La misma celada de oro puro que Reinaldos de Montalbán arrebató antaño al rey Mambrino... ¡Y no estaba mi amo poco aficionado de ello...

VENTERO.—Forzoso es que tenga el entendimiento estropeado.

SANCHO.—De ese parecer soy; pues causa y ocasión de risa es ver tomar una bacía de azófar por un yelmo de oro.

VENTERO.—¡Trato hecho! Bebed el vino y el azófar es mío.

SANCHO.—¡Y cómo relumbraba al sol!

VENTERO.—¡Vamos! Dadla.

SANCHO.—¡Aquí la tenéis!

(*El ventero sale. Sancho bebe y se queda pensativo. Aldonza vuelve.*)

ALDONZA.—¿Es verdad, Sancho, que él está loco?

SANCHO.—Lo está, y yo, por andarme tras él de Ceca en Meca y de Zoca en Colodra, por caminos sin camino, sin otra cosecha que palos y más palos, puñadas y más puñadas. ¿Es vivir el masear dos nueces y un puñado de bellotas, bebiendo el agua ya de arroyos, ya de fuentes? Y nada digo de los días pasados sin desayunarme, si no es del viento que sopla. ¡Pues tomadme el dormir! Contad, hermano escudero, siete pies de tierra y si quisieredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos a todo vuestro buen talante. En verdad, que, si se alargaran mis orejas, tan asno sería como el Rucoio.

ALDONZA.—Sois vos, a lo menos, más perro que el perro, pues éste no muerde a quien le da el sustento. Vos le veáis, le hablabais, le servíais, teníais la boca llena con su valor, y de todo ello os ufanabais como mula que agita el cencerro. Mas, en sólo haber recibido unos cuantos palos, acertado un punto vuestro cinturón y dormido sin almohadas de plumas, decís como los otros que vuestro amo tiene vuelto el juicio.

SANCHO.—¡Un soñador despierto que tomaba molinos de viento por gigantes en orden de batalla. ¿No era forzoso que tuviera huero el juicio! Nunca supo distinguir el oro del azófar, y llamaba yelmo a una mala bacía de barbero. Cuando volví de la embajada que os traje, le hallé desnudo en medio de la sierra, más flaco aún y más amarillo. Si vos le hubierais visto tragar, como si fuese hipocrás, todos los embustes que le conté de vuestro paracio, de vuestra belleza, de vuestras razones... y que vos lo aceptabais por caballero y que le mandabais llevar vuestros colores... Y que, honesta y fiel, os quedabais esperando que a vos viniera cubierto de gloria... Un rosario de paparruchas. Un niño le haría entender que es noche en la mitad del día. Después acá, todos los días, al salir y al ponerse el sol, como los moros que oran mirando a la Meca, le he visto ponerse de rodillas, con el rostro vuelto a la parte del Toboso y hablaros un largo espacio, como si hubierais podido oírle.

ALDONZA.—¿Qué decía?

SANCHO.—Predicaciones de aquí a Pamplona. Estos dos tragos me han vuelto a la vida.

ALDONZA.—¿Qué decía?

SANCHO.—¡“Hermosura que no se semeja sino a mi esperanza, que no se iguala sino a tu virtud! ¿Qué son los ojos sin la mirada, qué los labios sin la palabra? Tu alma es casta, tu cuerpo sin tacha...”. Y con tales discursos llenaba el aire como los recitantes sobre la carreta de Angulo el Malo. O bien: “¡Bendita seas, Dulcinea, la del corazón puro, tú que no has aguardado a conocer para ser fiel y que, antes de amar, pertenecías a tu amor!” Ya veis que hablaba como persona falta de seso.

ALDONZA.—¿Qué diga verdad, Santiago, y que me coma la lepra! ¡Y qué hará ahora?

SANCHO.—El ama le llevará al lecho donde le regalará, le ahogará con tisanas y le emplastará de arriba abajo. Luego el cura y el barbero, que son hombres sabios y de agudo ingenio, usarán de alguna industria para estorbarle que se vaya de nuevo por esos campos.

ALDONZA.—¿No le harán algún daño?

SANCHO.—¡Hacerle daño a él, que no sabe hacer sino bien a los desvalidos y que, por defenderles, hase consumido hasta que sus fuerzas se han agotado! Loco es, y mucho, a pesar de vuestras razones, pero a la par generoso como San Martín y valiente como Bernardo del Carpio. Cuando, dándose a entender que era un ejército, atacaba él solo al rebaño de ovejas, su locura era tan grande como las ovejas, y su valor, como el ejército... ¡Hacerle mal! ¡Imagináis que yo permitiría que se lo hiciesen?

ALDONZA.—(*Riendo*).—¡Abrazadme, mofletudo, y bendito sea el día que nacisteis!

SANCHO.—¿De qué os holgáis?

ALDONZA.—El está vencido, Sancho amigo; está enfermo...

SANCHO.—... y loco...

ALDONZA.—... y loco, tal vez. ¡Y no quisierais que me holgara!

SANCHO.—No hay que echar la sogá tras el caldero. ¿Quién os dice que no es él más grande que su pesar?

ALDONZA.—¡Necio! Con nadie, a no ser con las bestias, podía yo departir sobre él. Nunca he tenido de costumbre pensar en cosas altas y sublimadas, y por más que me arañaba los cascós, seguía ciega ante esas intrincadas razones, como buho en mitad del día. ¿Verdades o chanzas? Tan dificultoso era saberlo, como pesar los vientos de tu asno. Lo cierto es que él no venía, que jamás había de venir. El había pensado en mí una vez, al igual que yo había deseado a los diez años tomar los hábitos monjiles; mas luego, todo era concluido. No debía yo imaginar que él parecería una hermosa tarde en el umbral de esta puerta. No me había menester. El era grande, estaba lejos, estaba perdido; mas he aquí que cae del cielo, débil, herido, aplastado, burlado de todos. Ahora yo puedo ir hacia él. ¡Y no quisierais que me holgara! Llévadme.

SANCHO.—¡Vos!... ¡en nuestro lugar!

ALDONZA.—¡Vamos!

SANCHO.—¿Qué diría la Sancha?

ALDONZA.—Me separaré de vos cuando parezcan a lo lejos las primeras casas, y luego, no os conoceré sino cuando lo consintáis. Llevadme con vos. El Rucio aguarda en la puerta y no he menester sino el espacio de un credo para recoger mi hato.

SANCHO.—¿Y el Zurdo?

ALDONZA.—Libre soy, y no debo nada a nadie.

SANCHO.—Bien haréis, si bien lo pensáis, que de aquí a mañana muchas horas hay, y de personas cuerdas es no aventurarse todo en un día, tanto más que mayor es el riesgo de tropezar, cuando se corre por los caminos.

ALDONZA.—(Riendo). Así es Sancho; pero hay que moler el grano mientras el molino da vueltas.

SANCHO.—No habléis de molinos, que es de mal agüero.

ALDONZA.—Andad, que yo os alcanzaré en el camino.

(Aldonza sale. Sancho reflexiona, rascándose la cabeza; luego se saca lentamente la chaqueta y llama).

SANCHO.—¿Juan el Zurdo!

(El ventero aparece en el umbral).

SANCHO.—Tomad el gabán. Volvedme el yelmo.

Cuadro 3º

La casa de don Quijote. Blason de piedra sobre la puerta tachonada de clavos en forma de media naranja. Una ventana tras una reja saliente. El alero de un tejado con tejas a la romana. Una torre cuadrada y, en lo más alto, otra ventana más estrecha. Es de noche; sobre los muros blancos se refleja la luz de la luna.

(Entran en silencio Aldonza y Sancho, tirando al Rucio del cabestro).

SANCHO.—Esta es la casa de mi amo. ¡Noble amo y noble casa! Pero la cabeza está estropeada y los muros con grietas. ¿Dónde queréis que os deje? Gracias a Dios que hizo la noche hemos podido llegar hasta aquí sin topar alma viviente. Todo duerme en Zamora, como dice el romance. Pero mi casa queda a la vuelta de la callejuela.

ALDONZA.—Dejadme aquí, y el cielo os lo pague, Sancho amigo.

(Aldonza toma el hato, que cuelga de la albarda).

SANCHO.—No debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la medianoche en la línea del brazo izquierdo.

ALDONZA.—Dormiré ante la puerta.

SANCHO.—¿Y qué haréis cuando llegue el día?

ALDONZA.—Esperaré que él me llame.

SANCHO.—¿Cómo podría hacerlo no sabiéndoos tan cerca? Y no imaginéis que yo toque esta campanilla.

ALDONZA.—Una red que me caerá sobre las espaldas y en donde quedaré aprisionada.

SANCHO.—De aquí a entonces, haréis figuras de tapicería, o quizá echaréis raíces y floreceréis en primavera.

ALDONZA.—Un perro que duerme, si es vuestro perro, se despierta cuando le miráis.

(Se ilumina la ventana de la torre).

SANCHO.—¿Mirad! Una luz en el aposento.

ALDONZA.—¿Ahí es!...

SANCHO.—Está enfermo, sin duda, y el ama vela.

ALDONZA.—Volved a vuestra casa.

SANCHO.—Se derrame sobre vos la fuente de todo bien. ¿De qué

talante se levantarán las mujeres cuando me llegue a golpear los postigos! ¿Es el rey Salomón? Nones, es Job, el calamitoso... ¡Valor, castellano! Cuando está madura, cae la manzana, y no cosecharíais espinas, si no hubierais sembrado cardos.

(Sale con el asno. Aldonza, junto al muro de la casa, se deja caer de rodillas, sentándose sobre sus talones, y, con las manos juntas como en oración, levanta la mirada hacia la ventana, en la que brilla una débil luz. Largo silencio. Luego, sombra).

Cuadro 4^o

(Cortinas de tela en las que están pintados en colores desleídos grandes ramajes antiguos).

(Entra Sancho. El ama aparece en la abertura de las cortinas).

AMA.—¡Silencio, hombre!

SANCHO.—¿Está peor, en verdad?

AMA.—Maese Nicolás mueve la cabeza cuando le toma el pulso. Aunque mi pobre señor está ahora sosegado, piensa ya en la salud de su alma. Ha poco se confesó y en estos instantes está dictando su testamento al escribano.

SANCHO.—Quiero verle.

AMA.—No entraréis acá. Id a labrar vuestros pegujares.

SANCHO.—¿Pretenderéis defenderme la puerta de mi amo?

AMA.—Eso hago, y pluguiera al cielo que nunca hubierais atravesado el umbral.

SANCHO.—Dijo la sartén a la caldera: quítate allá, ojinegra.

AMA.—Antes habríais de pasar sobre mi cuerpo.

SANCHO.—No lo esperéis, ladrona de virtudes.

AMA.—Apartaos allá, villano harto de ajos.

SANCHO.—La mala rueda del carro es la que hace más ruido.

AMA.—¡Saco de maldades!

SANCHO.—¿Cuándo os pasearéis montada en el asno con el bonete blanco?

AMA.—¡Costal de malicias!

LA VOZ DE DON QUIJOTE.—¡Sancho! *(Pausa)*. ¡Dejad entrar a Sancho!

SANCHO.—Obedeced, criada.

(Las cortinas se abren, descubriendo la alcoba de don Quijote. Sobre el lecho, con cortinas semi cerradas, sólo se percibe la flacura de las piernas bajo la ropa. De vez en cuando se ve una mano. Únicamente un crucifijo y una espada cuelgan de las blancas paredes. La pobreza de la habitación aparece, sin embargo, glorificada por el oro del sol poniente. El Escribano garabatea en una mesa junto a la ventana, acompañado del cura y del barbero).

VOZ.—¡Sancho amigo, no te dejes insular!

SANCHO.—¿Para qué le yo menester ahora una insula? No tengo otro deseo que el de ver otra vez dispuesto a vuestra merced; que de la insula ya volveremos a hablar, señor nuestro amo, la mañana en que nos pongamos de nuevo en camino con Rocinante y el Rucio.

VOZ.—Ya nunca volveré a cabalgar sobre Rocinante.

SANCHO.—No hable vuestra merced, señor mío, de esa suerte, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, que todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte.

VOZ.—¿Piensas, Sancho, que, si no supiese yo que es llegada mi última hora, me dejaría estar cobardemente en esta cama, defraudando el socorro que podría dar a los menesterosos?

SANCHO.—Pues entonces, señor don Quijote, no sea perezoso, sino levántese y vámonos al campo. Caldera trizada dura mucho tiempo, y muy lejos se va cuando se está cansado y a la oveja trasquilada Dios mide el viento.

VOZ.—Las cosas humanas no son eternas, y van siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin. Estoy en regla para este trance, y no otra cosa espero que morir en paz.

ESCRIBANO I.—(Dejando de escribir).— ¡Bien escrito está! Cada cual figura con su parte, y la Iglesia con la suya, conforme a la voluntad del señor Quijano.

AMA.—Ahora cierra los ojos y se duerme.

ESCRIBANO.—Mas, para que la validez del testamento esté fuera de toda duda y conforme a las reglas de entrambos derechos, a cuyo cumplimiento me fuerza mi ejercicio, otra cosa habemos aún menester.

CURA.—Pues, ¿qué falta en él, si no es la firma y la rúbrica, señor Licenciado?

ESCRIBANO I.— Para que la firma sea válida, ha de ser reforzada y sostenida por una declaración mía y de cuatro testigos de que el testador está en su entero juicio.

CURA.—Pues, ¿no somos nosotros cuatro justamente y prontos a atestiguarlo?

ESCRIBANO I.— Perdonad, pero es pública fama que el hidalgo fué traído en una jaula como loco, y la opinión común ha inferido de ello que está fuera de juicio.

SANCHO.— No piense vuestra merced darme papilla que no soy nada blanco. A cada uno su cada una, y buen meollo yace bajo débil corteza, y por lo que a ser loco toca, no deseo sino que vuestras mercedes no lo sean más que él.

ESCRIBANO I.— Perdonad, mas yo no hago sino tener cuenta de la voz pública que no parece andar descaminada.

SANCHO.—Del árbol caído todos hacen ramas.

BARBERO.—En verdad que la locura de nuestro amigo no toca sino a los libros de caballerías, y no puede tacharse de mentecatez lo que no es a la postre sino afición por las letras.

CURA.— Soy del parecer de maese Nicolás. El juicio del enfermo no está en manera alguna trastornado. No dudéis en hacerle testar, como no he vacilado yo en confesarle y absolverle.

AMA.—Sobradas muestras ha dado mi amado señor de su entero juicio con las donaciones que acaba de hacernos.

ESCRIBANO I.—Perdonad. Juzgo prudente asegurarme por mí mismo, y, si el señor Cura consiente, quisiera hacer al hidalgo una o dos preguntas.

CURA.—Haced como os plazca.

AMA.—(Inclinada sobre el lecho). El señor Licenciado quisiera...

VOZ.—¡Atrás, malandrín! Si no os curáis de probar mi fuerza, respetad la ancianidad del valeroso Pentapolín del arremangado brazo.

ESCRIBANO I.—¿Qué significa?...

BARBERO.—Soñaba, sin duda.

CURA.—No es un malandrín quien habla a vuestra merced, sino el señor Licenciado, rodeado de los amigos de vuestra merced.

VOZ.—¡Bienvenido seáis!

ESCRIBANO I.—Tengo escritas las voluntades de vuestra merced como me lo mandó, y es menester ahora firmar.

VOZ.—Forzoso será sostenerme, y aun guiar mi mano.

ESCRIBANO I.—¿Con qué nombre firmará vuestra merced?

VOZ.—Don Quijote de la Mancha.

ESCRIBANO I.—¡Ah!... ¿Y qué títulos desea, vuestra merced, que mencione? ¿Cuál profesión indicaré?

VOZ.—Mi profesión era ir por el mundo, enderezando tuertos y castigando la injusticia. Sólo pondréis: Caballero Andante.

ESCRIBANO I.—(Volviendo a la ventana). ¿Vuestras mercedes han oído? Si él se está en sus trece, el testamento no podrá ser válido. El escribano real tan novicio y sin experiencia que extendiera una escritura de tal condición, haría reír a sus costas a las dos Castillas.

CURA.—¡Despierte, vuestra merced, y no hable más de don Quijote ni de caballería andante!

VOZ.—¿Qué queréis darme a entender?

CURA.—¿No se acuerda ya, vuestra merced, que es Alonso Quijano, ese Alonso Quijano que la voz popular saludaba en otro tiempo con el nombre de bueno?

BARBERO.—¡El discreto y docto señor Quijano, cabeza y antorcha de nuestra aldea!

CURA.—Use, vuestra merced, de la razón que al cielo plugo concederle. ¿Cómo había vuestra merced de creer que es caballero aventurero, pues tales personajes no son nacidos más que por la invención de los poetas? Repare vuestra merced en las disparatadas aventuras que de ellos cuentan que nada semejante engendra naturaleza, que es mayordoma de Dios.

VOZ.—Todo lo que han vivido los pares de los pasados siglos, y que os place declarar quimérico, lo he vivido yo mismo, desde el día en que fuí armado caballero.

CURA.—Puesto que es menester decirlo, para arrancar a vuestra merced de sus imaginaciones, le hago, pues, sabedor, que nunca fué armado caballero.

VOZ.—¿Es nueva costumbre de los curas burlarse de los moribundos?

SANCHO.—No tome enojo, vuestra merced, señor don Quijote, pues así como no agravian las mujeres y los niños, no agravian los eclesiásticos.

CURA.—El castellano que armó a vuestra merced no era sino un ventero socarrón. Cuenta la historia a todos los huéspedes, quienes se aprietan las hijadas riendo.

VOZ.—¡Mirad lo que decís, porque si no hubiera sido bien y válidamente armado, con todas las mercedes que de ello provienen, ¿de dónde me habría venido la fuerza para tantos combates? Sabed, si no lo sabéis aún, que he conquistado el yelmo de Mambrino.

BARBERO.—¡Valiente conquista! Un primo suyo está en mi barbería.

VOZ.—He vencido al Caballero de los Espejos!

CURA.—Era nuestro vecino, Sansón Carrasco, con un disfraz de carnaval. Había hecho apuestas de que no sería reconocido por vuestra merced.

SANCHO.—Que vuestra reverencia me perdone, pero como es forzoso a los tales caballeros, un escudero le seguía, con el cual hermano escudero departí y bebí en su bota, y estuvo él un largo espacio refiriéndome las hazañas de su amo, a tal punto prodigiosas, que tocaban en lo increíble.

CURA.—Pues no era otro que vuestro compadre, el labrador Tomé Cecial.

SANCHO.—A otro perro con ese hueso. Y, ¡cómo no había yo de reconocerle! Le veo cada y cuando quiero y no se parecía más el escudero a Tomé Cecial que el ama a una hermosa doncella. Tenía una nariz toda llena de verrugas de color amarotado, como de berenjena, y tan grande, que pudiera sentarse a su sombra.

BARBERO.—Aun guarda en su cofre esas narices, y podréis probaroslas.

VOZ.—El caballo de madera que antiguamente condujo a Pierres de Provenza y a la linda Magalone, nos llevó a entrambos, tapados los ojos, por los aires.

CURA.—Una burla a la manera italiana que el Duque y la Duquesa trazaron para entretenimiento de sus huéspedes.

VOZ.—He sentido en mi rostro el viento de las alturas.

BARBERO.—Los criados hacían aire con unos fuelles.

SANCHO.—Y fuimos rudamente saudidos cuando el caballo volvió a tierra.

CURA.—Resignaos cristianamente, hijo mío. Vos no habéis representado un papel heroico, sino el sin gloria de un bufón. Vos sois Alonso Quijano; el caballo de madera nunca dejó el césped y jamás habéis sido don Quijote.

VOZ.—¡Plugiera al cielo que hubiera muerto en un combate, aunque hubiese sido bajo las piedras de los galeotes o las estacas de los arrieros...

(Silencio).

ESCRIBANO I.—¿Y bien?

VOZ.—Seré Alonso Quijano, puesto que así lo queréis. Dadme de beber y dejadme en paz.

CURA.—¡Gracias sean dadas a Dios!

ESCRIBANO I.—Los testigos deben figurar en el acta con sus títulos y calidades. Tomaré nota primeramente...

(El cura y el barbero se sientan a la mesa en que el escribano toma nota. El ama se une a ellos, después de haber dado de beber a don Quijote, Sancho permanece solo junto al lecho).

VOZ.—Aquel que pronto ha de juzgar mi alma sabrá si es o no la de don Quijote.

SANCHO.—No se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Roguémosle, pues, que deje a vuestra merced en este mundo. Si vuestra merced se parte, los malhechores abundarán como piojos, y los inocentes quedarán a merced de los malvados. Vuestra merced se quede con nosotros, para socorrerlos, pues es mi señor don Quijote y la flor de la caballería.

VOZ.—Gracias, fiel amigo.

(Coloca una mano sobre la cabeza de Sancho. Junto al escribano se habla en voz baja).

ESCRIBANO I.—¿Es eso todo?

CURA.—Podéis añadir: Graduado en Sigüenza.

ESCRIBANO I.—Ahora vos, maese Nicolás.

BARBERO.—Escribid: Hidalgo y noble.

ESCRIBANO I.—¿Hidalgo?

BARBERO.—Así es. Ni navaja ni lanzeta rebajan más que el temple del acero y el cocimiento del vidrio.

VOZ.—¡Oh, Dulcinea! Perdona mi flaqueza...

ESCRIBANO I.—¿Qué dice?

CURA.—Nada.

BARBERO.—La fiebre sube cuando cae la tarde.

CURA.—Es a lo más desvario pasajero y en ninguna manera, locura.

AMA.—Nada tiene eso que ver con el testamento.

VOZ.—Había deseado con gran deseo verte y oírte en este mundo.

¡Cuán suave habría sido tu mano!

ESCRIBANO I.—Vos, ahora, Nombres, títulos y calidades.

AMA.—Doña Rodríguez Tamaya y Burlacos.

ESCRIBANO I.—¿Edad?

AMA.—Hija de hidalgos.

ESCRIBANO I.—Os pregunto vuestra edad.

VOZ.—La que no aguarda toca la botasilla. Me parto, y tú no has venido...

ESCRIBANO I.—¿A quién habla?

AMA.—Siempre a su dama fantástica. Ha esperado llegar a los cincuenta para enamorarse, y de una mujer que no existe.

ESCRIBANO I.—¿De una mujer no existe! ¿El ama dice verdad?

AMA.—¡Por San Diego Matamoros y por su cruz bermeja!

CURA.—¡Ay, pecador de mí! Así es, señor Licenciado.

BARBERO.—El hidalgo ha imaginado una princesa de fantasía, a la que ha bautizado con el nombre de Dulcinea.

ESCRIBANO I.—¡Oh! Este es un nuevo hecho que vuelve a dejar todo en su primer punto, pues si grande es ya la locura de decirse enamorado pasados los cincuenta, es doble o triple cuando se lo es de una mujer que no existe. ¿Cómo podríamos, sin cargar nuestras conciencias, afirmar que el testador no es falto de seso?

CURA.—No se trata, en verdad, sino de un juego, un simple juego en que el hidalgo se complace hasta el fin.

BARBERO.—Así es. Una suerte de improvisación poética.

AMA.—Hablabas quizá a otra dama.

ESCRIBANO I.—Yo no daré término, concluiré y completaré esta escritura, sin antes oír al señor Quijano reconocer, en presencia nuestra, que ese amor es quimérico y que esa Dulcinea no existe.

AMA.—¡Santa Teocadia!

BARBERO.—Fuerza es que probemos.

CURA.—¡Veamos! (*Se acerca al lecho*). Señor Quijano.

BARBERO.—No oye.

CURA.—¡Señor Quijano!... Es llegado el momento...

VOZ.—Bien... ¡Rezad conmigo!...

CURA.—No me entendéis. Es llegado el momento de responder con una prueba irrecusable a los calumniadores que dudan de la entereza de vuestro juicio.

VOZ.—¿Qué me queréis?

CURA.—Confesad que esa princesa de quien a menudo tanto os placía hablar, no fué sino un juego de vuestra imaginación.

VOZ.—¿Un juego?

CURA.—...Y que no existe.

VOZ.—Llamadme Quijano o con cualquier otro nombre; mas no está en mi mano ni en la vuestra el que mi señora sea o no sea.

CURA.—Nunca la habéis visto.

VOZ.—Enseñáis vos que es menester creer sólo las cosas que se ven, o lo contrario? Y pues, si cierto es que yo no la he visto, Sancho ha tenido esa dicha. El la habló y me trajo sus palabras.

AMA.—¡Ah, el bellaco aleluete!

BARBERO.—¿Qué decís a eso Sancho?

VOZ.—El penetró en su palacio.

BARBERO.—¿Habéis vos descubierto un palacio en el Toboso, señor del Rucio?

SANCHO.—Así es, señor de la navaja.

CURA.—Mirad, Sancho hermano, lo que decís delante del santo rey, que es vuestro patrono.

SANCHO.—Si va a decir la verdad, ese palacio semejaba un tanto a una venta o mesón.

VOZ.—Como palacio me lo describiste tú, y de los más suntuosos.

SANCHO.—Yo se lo he pintado a vuestra merced al retorno como vuestra merced me lo había pintado a mi partida. Mejor sabe vuestra merced ver las cosas de lejos que yo, torpe, de cerca.

CURA.—Reflexionad, señor hidalgo.

VOZ.—Sancho, por la salvación de tu alma, contéstame con toda puntualidad y verdad... La hermosura de mi señora, su discreción y sus preciosas palabras, ¿son todas como tú me las comunicaste?

SANCHO.—Punto más o menos, mi buen amo. Yo miraba como por vuestros ojos y el amor mira por unos anteojos. Esa Dulcinea no me pareció de hermosura extremada: olía a ajo, y, a no estar avisado, la hubiera tomado por una criada. Mas, ¿no era aquello encantamiento y maleficio?

VOZ.—Bien pudiera ser, Sancho. Pero, ¿esas palabras que yo tantas veces he repetido?

SANCHO.—No eran del todo las tuyas. Pero, por la doncelez de mi hija, que decía esa señora Dulcinea que vuestra merced iría a visitarla y que ella le haría buena acogida. Yo lo aderecé un poco con razones que vuestra merced me había enseñado, a la manera de los caballeros andantes. La salsa no cambia el pescado, y dulces términos no desuellan la boca...

VOZ.—Tú también, hijo Sancho...

CURA.—¿Por qué mentáis, Sancho, a vuestro amo?

SANCHO.—Porque le quiero bien, señor cura. Somos de un mismo lugar; he comido su pan y así, no nos apartará otro suceso que el de la pala y azadón.

AMA.—No se correrá sino en la picota.

CURA.—¿Comprendéis ahora?... Vuestra dama no ha sido sino una dama fantástica.

BARBERO.—Vuestra merced la engendró y parió en su entendimiento, adornándola con todas aquellas perfecciones que quiso, por lo que ninguna otra criatura viviente se le podía comparar.

CURA.—¿Reconocéis, por fin, la verdad?

BARBERO.—Confiese, vuestra merced, que su Dulcinea es imaginaria.

VOZ.—Dios, que lo sabe, nos lo dirá. ¿Por qué saberlo desde ahora? Mas ella es mi amada y sobrepasa a todas las criaturas...

(Silencio).

CURA.—Señor Quijano...

AMA.—¡Virgen de las Angustias! ¡Se nos va!

SANCHO.—¡Mi buen amo, señor don Quijote!

BARBERO.—Sólo se ha desmayado. Pasadme el vinagre y el bálsamo de sabina.

(*El Barbero y el Ama atienden con solicitud al moribundo*).

CURA.—¿Tendrá fuerzas para firmar?

ESCRIBANO I.—Poco importa si su mano está demasiado débil. Basta en tal caso para conferir al testamento fuerza y valor auténticos el testimonio del escribano y el de los testigos. Mas digo otra vez que no daré el mío, sin antes haber oído al hidalgo repudiar sus quimeras.

CURA.—Considerad cuán desfallecido está...

ESCRIBANO I.—Que no diga otra cosa que: “No hay Dulcinea”.
No puedo contentarme con menos.

BARBERO.—Abre los ojos. ¿Vuestra merced me oye?

VOZ.—Os oigo. Dejadme partir...

BARBERO.—No niegue, vuestra merced, a sus amigos lo que le piden.
Vuestra merced considere las cosas como son, y diga con nosotros “No hay Dulcinea”.

AMA.—¡Ah, mi señor! La liberalidad de vuestra merced será vana,
y seremos despojados de todos los dones de vuestra merced, si no lo repite.
“¡No hay Dulcinea!”

(Silencio).

ESCRIBANO I.—Fuerza es renunciar.

CURA.—Cristiano, que vais a comparecer ante el soberano Juez, temed su cólera si os obstináis en el error y la idolatría. No carguéis vuestra alma con dos tan graves pecados, de los que uno solo bastaría para cerraros el cielo. Renegad de vuestros desatinos y decid para vuestra eterna felicidad: “No hay Dulcinea”.

VOZ.—No hay...

(Silencio).

CURA.—Sostenedle la cabeza.

BARBERO.—Escuchad bien, señor Licenciado.

ESCRIBANO I.—Ya escucho.

CURA.—Hijo mío, repetid conmigo: “No... hay... Dulcinea”.

VOZ.—¡No... hay... Dulcinea!

CURA.—Por fin habláis en razón.

BARBERO.—Ya está hecho.

ESCRIBANO I.—(Escribiendo). “No... hay... Dulcinea”.

BARBERO.—Ha muerto. (Silencio. El ama corre las cortinas del lecho. Al mismo tiempo, sin ruido, se abre la puerta. Aldonza aparece en el umbral). ¡No entréis!

AMA.—¡Shit!

CURA.—¿Quién sois?

ALDONZA.—Dulcinea.

TELON

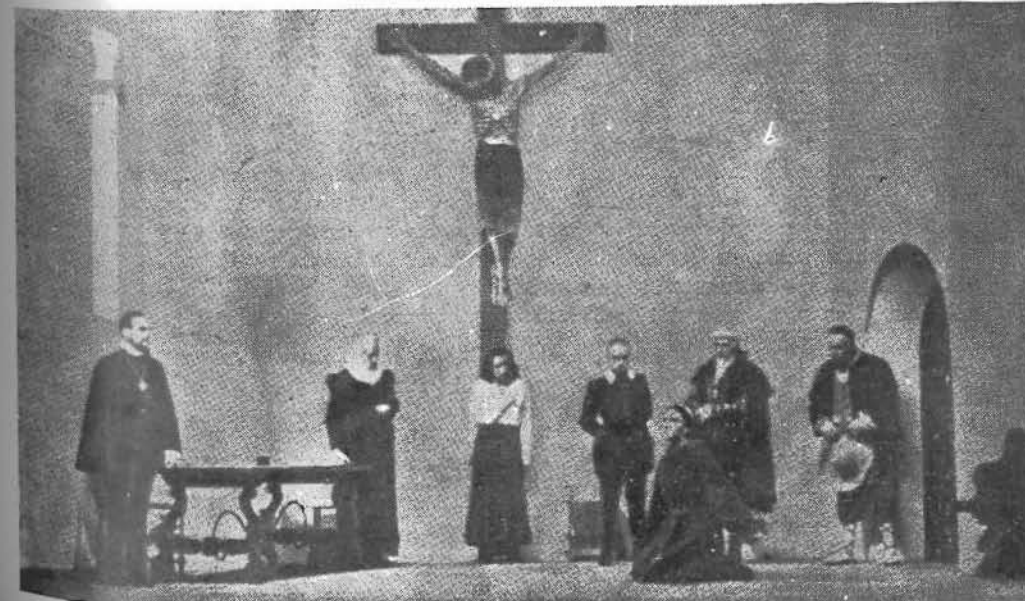


DOS ESCENAS DE LA PRIMERA REPRESENTACION DE "DULCINEA",
EN PARIS. (REALIZACION DE GASTON BATY).



Primera Parte

Cuadro 1.º



Segunda Parte